

capítulo sexto están bien separados estos tres elementos que en el resto de la obra aparecerán fundidos en un juego de espejos de "innúmeras imágenes", donde el Caballero y los personajes todos del *Quijote* irán borrando sus nociones de lo real y lo fingido. "¿Se habrá propuesto Cervantes con ello —pregunta Rubens— alterar o debilitar en nosotros, lectores, toda noción clara de los límites entre realidad y ficción?" —inseguridad radical que, curiosamente, se ha producido a fuerza de *comentarios críticos*.

Para finalizar, Rubens nos ofrece un buen número de extractos de la crítica cervantina del siglo xx sobre este capítulo sexto (un capítulo que, de ser posible, hubiera omitido Unamuno en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, "por tratar de libros y no de vida").—ALAN SOONS.

HAYDÉE J. BIOSCA, *Una imagen de la Argentina en el siglo xix francés, según la "Revue des Deux Mondes", 1835-1885*. Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 1963. (*Cuadernos del Sur*).

El título promete una investigación sobre el modo como veían a la Argentina unos publicistas franceses de la cuarta a la novena década del siglo xix. Esto es, revisar una interpretación de la Argentina, en el momento mismo que está forjando su identidad y su destino, hecha por europeos que transitan del romanticismo al positivismo. El tema es de verdad interesante. Pero la autora, en lugar de mantenerse en ese terreno, busca en los ensayistas franceses su propia imagen del país natal. Inflamada por una devoción muy explicable, sólo ha visto en los textos aquellas frases que parecen coincidir con su fe y su esperanza. La verdad es que esa literatura —o por lo menos los textos citados— retrata una visión de la Argentina y de América dominada por lo extraordinario: inmensidad, vida titánica, soledad; pero resentida de prejuicios: mundo primario, sociedad informe. Si bien el tono general de esos textos es el de la admiración por la vitalidad del Nuevo Mundo, en cuyo ámbito "on sentirait palpiter cette vie universelle" (p. 10), apenas disimulan el pesar de que ese mundo no se parezca a Europa, y en especial, a Francia. Es fácil advertir también el recelo que provoca una sociedad difícil de reducir a los patrones europeos.

No importa que las prevenciones de estos ensayistas sean explicables. Lo que quiero destacar es que en sus artículos hay expresiones que definen su imagen de la Argentina más cabalmente que las inspiradas por la curiosidad o el asombro. Expresiones y conceptos que la autora no ha tenido en cuenta. Hay simplismos hartos nocivos para la imagen del país, como el de creer que la República Argentina es únicamente la cuenca de los ríos Paraná y Uruguay (p. 11). Hay actitudes, seguramente explicables, que llevan a fundar el optimismo sobre el futuro del país en la circunstancia de que un joven general, Ministro de Guerra, pudiera resolver hacia fines de 1874 el problema indígena mediante la erradicación —en el mejor de los casos— de la población india que ocupaba las tierras entonces más apetecibles. Lo que más asombra es que esa labor se cumpliera en un término "un poco mayor de tres años" (pp. 26-27). Hay varios textos que destacan el esfuerzo por transformar y *civilizar* el país y que elogian a los hombres, como Rivadavia, que personifican ese esfuerzo. Uno de los textos tiene a modo de colofón la siguiente frase: "Il s'agit de savoir comment la civilisation prendra racine sur ce sol tourmenté" (p. 15). Hay frases que parecen dictadas por la más incuestionable admiración o por lo menos así empiezan: "*Dans ces régions du Nouveau Monde, les Républiques du Río de la Plata. . . sont peut-être les états les plus favorisés de la nature, les mieux situés pour prospérer et grandir. Elles ont tout, la douceur du climat,*

*la fertilité du sol, l'étendue du territoire, tout, moins la paix, qui seule peut faire germer la richesse et mettre des peuples là où il n'y a que des agglomérations turbulentes*" (p. 11). El subrayado es de la señora Biosca, que deja de interesarse en el texto en el momento en que es más revelador de la imagen que, de las naciones del Plata, tenía el autor. Naciones que, hacia 1860 —fecha del artículo—, con paz o sin ella, con organización política definitiva o luchando por obtenerla, ya habían dejado de ser, hacía tiempo, "aglomeraciones turbulentas".

Reticencias como éstas son numerosas y graves, por cuanto se traducen en interpretaciones que orientan la opinión europea. La autora toma conciencia de estas limitaciones sólo una vez y brevemente cuando, en el capítulo dedicado a estudiar las noticias sobre la vida intelectual en las márgenes del Plata, advierte que la *Revue des Deux Mondes* se ocupa poco de las manifestaciones literarias. El único libro que llamó la atención fue el *Facundo* de Sarmiento, y con el mayor énfasis puesto en sus páginas costumbristas. Hubiera sido interesante averiguar por qué no despertó más interés una literatura que es, casi en su totalidad, precisamente un torturado esfuerzo por encontrar y ofrecer una imagen valedera del país.

Las fuentes elegidas son importantes, pero se echa de menos la filiación de los autores elegidos. Algunos —como Émile Daireaux— posiblemente se basen en experiencias personales; otros, de seguro repiten noticias y comentarios de segunda mano. La diferencia es significativa. El material ha sido clasificado inteligentemente en temas fundamentales: *Visión de conjunto; Espacio, extensión, soledad; El habitante del país: el indio, el gaucho, el argentino; Movimiento y fuerza vital; Manifestaciones culturales*. Un estudio más detenido y objetivo de ese material, que logre delinear la imagen de la Argentina en estos ensayistas franceses del siglo XIX y muestre las motivaciones de esa imagen, será una aportación valiosa que leerán con gusto y provecho todos aquellos que estén interesados en precisar la imagen europea de América.—C. H. MAGIS.